



## Mónica Albizúrez, *Ita*

(Guatemala, F&G editores, 2018, 188 pp. ISBN 978-99229-700-39-0)

por Emanuela Jossa

En un cuento de la escritora uruguaya Vera Giaconi, la protagonista afirma: “Estar enfermo y sin diagnóstico es como estar en el limbo” (77). Es una imagen muy acertada, sobre todo si consideramos la enfermedad desde la enraizada perspectiva dicotómica entre condena y salvación. En este limbo, el enfermo todavía no sabe si podrá estar al lado de los sanos o le tocará definitivamente el otro lado. Ausculta sus síntomas, que lo conectan con su propio cuerpo de una manera diferente y que se vuelven objetos de una reiterada interpretación. Luego, según el diagnóstico, el enfermo empieza una relación inédita no solamente con su cuerpo, sino con su historia, luego con la historia de su familia y finalmente con la historia del cuerpo de la sociedad. A veces en busca de enlaces, causas, herencias, de un destino ignorado pero ya escrito. La novela *Ita* de la escritora guatemalteca Mónica Albizúrez es también esto: una reflexión sobre las conexiones entre la enfermedad y la historia, tanto personal como política. Dice la protagonista Inés Batres, llamada Ita: “analizar el cuerpo sólo conduce al agotamiento. Las respuestas se escapan. No me doy por vencida. Obediente trato” (37).

La novela *Ita* fue finalista del certamen BAM Letras 2017 y fue publicada por F&G editores en 2018. Mónica Albizúrez, nacida en Ciudad de Guatemala en 1969, vive desde hace unos años en Hamburgo, donde se dedica a la docencia y la investigación literaria. Ha publicado poesías e *Ita* es su primer libro de narrativa. Por cierto, un buen exordio.



El argumento consiste en la reconstrucción de la memoria desde el presente inquieto de la protagonista, afectada por una enfermedad que le quita energías. Le pesa su cuerpo, le pesa su historia. La novela se estructura en seis capítulos y un epílogo. Es la historia de la tentativa de una mujer, Ita, de comprender su pasado, marcado por zonas oscuras, silenciadas por su familia acomodada y conservadora: el abandono de su madre, el rol de la empleada doméstica, un misterioso asesinato en la finca del abuelo. La voz de la narradora protagonista describe con intensidad sus relaciones afectivas con la hermana Fabiola, creyente fervorosa, con su esposo, con la nueva pareja del padre y sobretodo con Sebastián, el hijo de la domestica Delfina. Los sucesos se desarrollan en Guatemala. Distante, pero presente, la larga guerra que tuvo lugar en el país entre 1960 y 1996.

La enfermedad aparece en el segundo capítulo, titulado "Sebastián/el dolor". Ita percibe un malestar difuso en todo el cuerpo, advierte hormigueo, molestia, mala tolerancia al esfuerzo, ansiedad, cansancio. Siente que algo, todavía sin nombre, no funciona. Cuando le detectan la fibromialgia, Ita finalmente sale del limbo al que se refiere Vera Giaconi. Ita no está condenada, pero tampoco estará al lado de los sanos. La fibromialgia es una enfermedad sin curación definitiva, por lo tanto, sólo se pueden tratar los síntomas. No se conocen las causas, aunque se supone que podría derivar de un debilitamiento de las defensas debido a algún padecimiento psicológico. A partir del posible vínculo con el pasado, Ita decide excavar en su historia. Si la fibromialgia en cierto sentido es la hiperbolización del dolor, lo que Ita al principio experimenta es la culpa por exagerar. Su educación católica le enseñó a relativizar su dolor, a silenciarlo. Ahora necesita recuperar la memoria de los sucesos que la impactaron, pero que en aquel entonces subestimó y que en el presente sigue minimizando. Por ejemplo, el abandono de la madre le parece poco determinante, porque, dice, hay quienes han vivido episodios más terribles.

La enfermedad también aparta a Ita de los demás. Ella experimenta la soledad: "estoy alejada de los otros, siento lo que otros no sienten" (38). Por eso pide ayuda a Sebastián, que encuentra por casualidad en una exposición de arte y que vivió en su casa durante su infancia, siendo el hijo de la empleada doméstica. Los segmentos dedicados a la descripción de la vida de la mucama y de su hijo, de su condición laboral y de su despido inmediato son muy eficaces y logrados. En este marco, Mónica Albizúrez construye una explícita intertextualidad con *Tierra de infancia* de Claudia Lars. Ita, que de niña nunca consideró la posibilidad de hacerse amiga de Sebastián, que siempre dio por sentada una relación desdeñosa y excluyente, ahora lo considera el mejor testigo de su infancia. Sin embargo, no se trata de una relación interesada. Los dos crean una ligazón profunda, aunque socialmente problemática: ella es una apreciada abogada de clase alta y no debería vincularse con Sebastián, un artista y por añadidura cakchiquel, un indio, según la lección del colegio y los dictámenes de la familia de Ita. La autora propone una vez más la dicotomía entre cultura indígena y ladina, que atraviesa tanta literatura guatemalteca del siglo XIX, desde los clásicos de Miguel Ángel Asturias y Mario Monteforte Toledo hasta Luis de Lion y Dante Liano con *El misterio de San Andrés*, por mencionar solo unos cuantos. No es un mero legado: la representación dicotómica sigue siendo realística y necesaria, ya que en el país todavía persiste una separación neta entre *indios* y *ladinos*. A este respecto, cabe resaltar que Mónica Albizúrez presenta a sus personajes desde una perspectiva que nunca cede a



enfoques simplistas o esencialistas. Por cierto, Sebastián al principio representa una alteridad casi exótica para Ita, punto focal de la narración, pero luego es, antes que todo, un hombre sensible, inteligente, atractivo.

Tras el diagnóstico, Ita empieza un autoexamen riguroso. El médico le explica que la fibromialgia consiste en una anomalía en la percepción del dolor, de manera que se perciben como dolorosos estímulos que normalmente no lo son. Entonces, ella trata de ordenar el dolor asignándole una escala de uno a diez, trata de ubicar con precisión la parte del cuerpo que duele a lo largo del día o de la semana. Casi en seguida Ita se da cuenta de que asignarle una puntuación al dolor es una tarea demasiado abstracta y quiere transformar el ejercicio en algo más concreto. Sebastián, cuya actitud respecto a la enfermedad difiere de la del esposo y los familiares de Ita, puede ayudar a la protagonista a cuestionar su perspectiva, a ver y nombrar su sufrimiento de una manera diferente. Él la escucha y la ayuda a “auscultar los ritmos del cuerpo enfermo” (44). Así que, gracias a Sebastián y al recuerdo de una tarea escolar, Ita logra modificar el autoexamen. En la escuela, el profesor de arte encargaba a los estudiantes recoger cosas pequeñas, de uno o dos centímetros: “alfileres, clavos, tornillos, pedazos de hilos, tapitas, piedras. No más de dos centímetros, cosas comunes y corrientes” (43). Luego los alumnos tenían que crear algo con esos *chunches*, haciendo un dibujo, una figura en tres dimensiones. Y como el profesor de arte también tenía que dar clases de idioma, los alumnos tenían que conjugar los verbos relacionados con la tarea. Con Sebastián Ita empieza de nuevo a recolectar alfileres, tapitas de lata de Coca-Cola, clavos, para cuantificar el dolor de una manera más eficaz, a través de las comparaciones: “Agarrá, Ita, un alfiler, un clavo, una piedra, un hilo y compará cuando te duela algo, si pincha como alfiler, si penetra como clavo, si revienta como piedra tirada, si aprieta como hilo” (44). En la novela, la relación entre literatura y enfermedad también está atravesada por esta disputa entre el lenguaje y la percepción, entre la realidad del sufrimiento y su metaforización.

Las escenas retrospectivas se alternan con el tiempo presente, en el que Ita empieza a investigar sobre la vida de su madre, que no solamente abandonó a su familia, sino que de modo improvisado, y para ella sin explicaciones, dejó su carrera durante el conflicto armado. Ita investiga también el asesinato de un joven en la finca del abuelo, otro suceso misterioso. De hecho, todos los eventos inquietantes fueron censurados por su padre, todo lo que podía representar una amenaza al equilibrio familiar fue completamente silenciado. Lo único que quedó de su madre, después del abandono de la casa paterna, es un epíteto que la juzga y la expele una vez más del orden establecido: “traidora”.

Ita busca indicios y en el tercer capítulo empieza a revisar carpetas y registros guardados en el archivo amarillento y en el archivo celeste (¡le toca al lector descubrir la diferencia!). La centralidad del archivo, fuente de una memoria censurada, es otro tema recurrente en la narrativa de Guatemala que se refiere a la represión del Estado. Ejemplo emblemático es *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa. La pesquisa de Ita es fascinante, la escritora logra calibrar perfectamente unos recursos de la narrativa policial con las herramientas de la representación de la condición íntima de la protagonista.

De repente, la historia distante del conflicto armado se materializa. Ita creció durante la guerra, pero la censura de los padres hizo que se sintiera ajena al conflicto,



que ignorara sus causas y las responsabilidades de la clase social a la cual pertenece. Como cantaba Fabrizio De Andrè en *La canzone del Maggio*, “anche se voi vi credete assolti, siete lo stesso coinvolti”. Por otro lado, también es cierta la afirmación paralela: los sujetos no cargan en sus espaldas su pertenencia de clase por toda la vida. Siendo una niña, Ita fue una espectadora, tuvo miedo y sufrió la angustia de quien no entiende lo que está pasando. Ahora, ella percibe su clase social como un “significante flotante”, como dice Laclau, que debe interrogar. La enfermedad le ofrece una ocasión para repensar su relación con el espacio público, justo a partir de la amplificación de la percepción del dolor, que ya no es solamente físico.

La subjetividad política es el resultado de una contingencia, se produce en las prácticas discursivas y en la construcción de imaginarios. El encuentro de Ita con Manuela, la novia de Sebastián, le permite medir una vez más la distancia entre su experiencia y la de los dos jóvenes cakchiqueles y explorar el compromiso político de los que ahora luchan en contra de la privatización del agua. La protagonista sufrirá una fuerte crisis de la cual podrá recuperarse solo dando un giro radical a su vida. El epílogo concluye de manera alentadora (¿demasiado conciliadora?) una novela en que Mónica Albizúrez se enfrenta a la enfermedad y a la historia con valentía.

## BIBLIOGRAFÍA

Giaconi, Vera. *Seres queridos*. Anagrama, 2017.

Laclau, Ernesto, y Chamal Mouffe. *Hegemonía y estrategia Socialista*. FCE, 2003.

---

**Emanuela Jossa**

Università della Calabria

[ejossa@unical.it](mailto:ejossa@unical.it)